

La seguridad de la democracia

La seguridad es una necesidad sentida por todos. La seguridad individual que permite la propia integración y maduración como persona. La seguridad en la convivencia social que permite que los individuos puedan relacionarse sin temer por su vida o por las cosas que la hacen posible. La seguridad del conjunto social, de la nación, que hace posible el establecimiento de objetivos comunes y el esfuerzo coordinado por hacer realidad histórica los valores que guían la formulación de esos objetivos.

Los venezolanos hemos vinculado nuestra seguridad nacional a la democracia. Reconocemos que es posible la seguridad individual, social y nacional sólo en la medida en que se asegure el pluralismo, fruto del ejercicio de la libertad responsable y la participación efectiva de los individuos y sus agrupaciones en todos los niveles de las decisiones colectivas, de manera que éstas sean el resultado de la compleja interacción que supone una sociedad en la que se mueven libremente diversas concepciones e intereses.

Para nosotros no es posible, por tanto, concebir la seguridad fuera de la democracia. No sostenemos que ya hemos logrado definitivamente esta asociación entre seguridad y democracia. La situación real del mundo en que vivimos nos empuja permanentemente al conflicto entre una y otra. La realidad de un mundo maniqueamente dividido en bloques que de hecho impiden la existencia independiente y obligan, a través de mil mecanismos económicos, políticos e ideológicos, a integrarse en uno de ellos, a defender como seguridad propia los intereses y la seguridad del país hegemónico dentro de cada bloque y a sentirse en conflicto irreconciliable con el otro bloque en su conjunto, es una fuerte limitación a las posibilidades de realización de una democracia libre y pluralista que sea la base de nuestra seguridad.

Incluso los defectos reales de nuestra democracia dificultan en la práctica la realización de esa visión de nuestra seguridad nacional. Hemos vivido una democracia poco eficiente. La ha hecho posible, en gran parte, el despilfarro petrolero. Ahora empezamos a sentir los límites de ese modo de administrar nuestros recursos. La posibilidad de subsistir como nación puede colocarnos ante un dilema: democracia o eficiencia. Hasta ahora hemos podido sostener una democracia porque los recursos a repartir han sido abundantes. En la medida en que éstos escasean no quedará más remedio que restringir la democracia y hacer la distribución en base a mecanismos de fuerza. Pensamos que este dilema es falso. Es posible enfrentar la nueva situación de mayor limitación de recursos que se vislumbra, de una forma democrática. Sin embargo, resulta preocupante la vigencia bastante extendida en sectores dominantes de nuestra sociedad de una concepción de la seguridad disociada de la democracia y convencida de la eficacia del autoritarismo sobre todo en momentos de crisis. Si prevaleciera esta visión se pondría en peligro la más elemental seguridad individual y nacional.

LA SEGURIDAD COMO IDEOLOGÍA

La existencia en nuestro país y en el continente latinoamericano de relaciones de dominación lleva a que los problemas de seguridad nacional se ideologicen, es decir, se restrinjan a la defensa directa de la situación de esos sectores de la sociedad. La seguridad nacional ideologizada se convierte en una de las principales amenazas de la democracia. En América Latina existen elocuentes ejemplos.

La Doctrina de la Seguridad Nacional —expresión “teórica” de la ideologización de los problemas de seguridad— se presenta como una visión “realista” de la situación. Ante la presencia de diversas concepciones dentro de la sociedad, ante la presencia de recursos limitados que es necesario distribuir, ante la existencia de bloques internacionales antagónicos, este falso realismo opta por limitar las posibilidades de disensión social y se convierte en una afirmación teórica y práctica del autoritarismo como mecanismo de toma de decisiones y distribución de recursos.

Este “realismo” lleva a ver la política como un conflicto permanente, inevitable e irresoluble entre sectores de la sociedad y entre los distintos Estados. Desde este punto de vista, las relaciones entre los Estados se caracteriza por la contradicción de sus intereses, de tal manera que son relaciones siempre conflictivas e incluso de guerra. La acumulación de poder se convierte, entonces, en el principal objetivo de cada Estado, pues de él depende su supervivencia. Se trata, pues, de un “realismo” que se identifica con una visión estática de la realidad, que concibe las relaciones sociales como una “guerra a muerte” en la que alguien tiene que perder, por lo que hay que asegurar los medios para ganar y hacer que el otro sea ese perdedor.

Dentro de la nación esta ideología lleva a concebir al Estado de una forma totalitaria. El Estado

se autoerige en instancia superior e independiente a todas y cada una de las partes de la sociedad. El Estado no ha sido el fruto de las personas y sus relaciones, sino que se entiende él como causante y creador de las relaciones sociales. Por tanto, ni los individuos, ni ninguna agrupación social tiene derecho a formular objetivos propios y relativamente autónomos a los del conjunto social ni a los del Estado. El único "interés" y los únicos objetivos son los del Estado. Al prevalecer esta visión del Estado, el totalitarismo y el autoritarismo son la forma "normal" de manejar la sociedad.

Otra característica del "realismo" de esta ideología es convencer a toda la sociedad de que estamos en una situación de "guerra total y permanente". La sociedad se concibe como una especie de "fortaleza asediada" por el enemigo y que exige de los defensores una "movilización social continua". El enemigo externo son los Estados del bloque contrario. En el caso de América Latina es una lucha contra el comunismo en defensa de los valores de la "civilización occidental cristiana". Pero ese enemigo es también interno, por eso es necesaria la vigilancia constante, los expedientes y el control de todo movimiento social.

Finalmente, esta ideología se refugia en la eficacia económica y social de una sociedad centralizada y con una sola cabeza. Se adopta, entonces, una estructura burocrático-autoritaria en la que sólo tienen derecho a pensar los integrantes de la cúspide y en la que todo el tejido social tiene que estar perfectamente controlado y sus movimientos perfectamente previstos.

Se trata, pues, de una visión ideologizada en perfecta contradicción con una visión democrática, libre y pluralista de las relaciones humanas y con lo que nos dice del hombre la fe cristiana. Los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla nos invitan a hacernos conscientes de esta visión idolátrica del Estado (No. 500) y conjurar los peligros de una ideología contraria al hombre:

"La Doctrina de la Seguridad Nacional entendida como ideología absoluta, no se armoniza con una visión cristiana del hombre en cuanto responsable de la realización de un proyecto temporal ni del Estado, en cuanto administrador del bien común. Impone, en efecto, la tutela del pueblo por élites de poder, militares y políticas, y conduce a una acentuada desigualdad de participación en los resultados del desarrollo". (No. 549).

BASES DE NUESTRA SEGURIDAD

Una visión de la seguridad nacional que parta de una visión de la sociedad en la que conviven diversos intereses, agrupaciones con objetivos parcialmente diversos, autonomía relativa de los individuos y en la que el Estado forma parte de esa diversidad cumpliendo la función de establecer los canales de toma de decisión sobre los objetivos y modos de lograrlos del conjunto, no puede basarse en la simplificación ideologizadora de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Desde este punto de vista, la vinculación entre seguridad y democracia es necesaria pues sólo un régimen político democrático es compatible con una sociedad pluralista en la que el pueblo organizado sea la garantía fundamental de su funcionamiento.

No existe una única doctrina de la seguridad nacional, ni una sola teoría general de la seguridad válida para cualquier Estado y nación. Esta afirmación queremos subrayarla. La teoría de la seguridad de nuestra democracia no la vamos a encontrar ya formulada. Es una de las tareas de la que los venezolanos no podemos escaparnos. La teoría de la seguridad de nuestra democracia es necesario elaborarla a partir de nuestra experiencia histórica, de los valores que forman la base del consenso de nuestra sociedad. Si se nos cuela en Venezuela —como pasa en algunos sectores— la ideología de la Doctrina de la Seguridad Nacional podemos estar a las puertas de la restricción de la democracia interna y de abrirle el paso a un autoritarismo que bajo la excusa de la eficiencia económica y el realismo político acabe con los espacios de libertad que tantos esfuerzos han costado al pueblo venezolano.

No podemos basar nuestra seguridad en la hipótesis de la "guerra permanente" con los demás Estados, ni del conflicto irreconciliable en el seno de nuestra organización social. Sólo en la medida en que exploremos las potencialidades de la acción cooperativa con las demás naciones y construyamos una fuerte sociedad civil que encuentre sus formas de superar los conflictos de intereses y marchar por un camino común, aseguramos una democracia de acuerdo a los valores que hemos proclamado.

La seguridad de nuestra democracia depende de la capacidad que tengamos de mantener la preeminencia de lo político sobre lo militar. Es decir, de no absolutizar ni al Estado, ni a la organización burocrática, ni a la defensa armada contra enemigos vistos en todas partes, sino aceptar como identidad nacional la existencia y creatividad de la pluralidad, de los cuerpos intermedios, de los objetivos parciales, de la marcha a largo plazo.

La seguridad de la democracia venezolana será el fruto de la organización del pueblo, liberado de las ideologías y constructor de su propia vida. Esta es la tarea que nos exige la seguridad nacional.